

LA DIRECCIÓN DE
**LA NOVELA
FEMENINA**

con objeto de alentar a las es-
critoras noveles, leerá cuan-
tos originales reciba y publi-
cará los que, a su juicio, lo
merezcan



Además, establecerá premios
entre los de verdadero mérito



Dirigirse a

Publicaciones Mundial
Apartado 925 - BARCELONA



«Víctor Catalá»

¿Quién es «Víctor Català»?

Yo, principiante humilde, no puedo tomar la pluma para hablar de «Víctor Català», maestra consagrada, sin emocionada reverencia. Su gran talento, robusto e indiscutible, su figura intachable, alejada siempre de las mezquindades de los mundillos literarios, inspira, ante todo, una admiración, no por cordial menos respetuosa, que me obliga a hablar de su vida y de su obra casi a media voz, suave y sobriamente, como ella merece. Para la que nunca buscó el elogio forzado, para ella a quien siempre repugnó el adjetivo ditirámrico, no habrá mejor ofrenda—estoy segura de ello—que esta sobriedad. Sea éste, pues, mi único, fervoroso «envío».

«Víctor Català» empezó a escribir en la revista catalana *Joventut*, firmando con el masculino seudónimo que ha hecho famosa su producción, y en colaboración regular y asidua. Según cuenta quien debe saberlo, sus cuentos y novelas llegaban a la redacción de la citada revista en forma algo misteriosa, llevadas por tercera persona que guardaba el más profundo secreto acerca de la verdadera personalidad de su autor. Así, «Víctor Català» fué durante largo tiempo un *admirado enigma*, no sólo para sus lectores, sino también para sus propios compañeros de publicación. Se hicieron acerca del nuevo y misterioso autor las hipótesis más fantásticas y más arriesgadas. Lo que no se les ocurrió ni remotamente a compañeros ni lectores fué que aquella pluma energética, robusta, fuerte, recia con reciedumbre de tierra fecunda, agria en ocasiones como el sano y santo pan campesino, y siempre ágil, y siempre potente, y siempre reveladora de consumada maestría, estuviese movida por una mano de mujer.

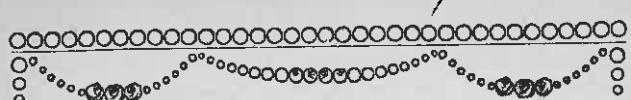
Al fin se descubrió, poco a poquito, el misterio. A pe-

sar de su repugnancia en ser conocida, «Víctor Catalá» se identificó para la admiración de las gentes, en Catalina Albert. Mas, aunque ya en plena, directa y legítima gloria, «Víctor Catalá» siguió laborando incesante pero recatadamente. La fecundidad y la fuerza, el prodigo, en fin, de su obra, tan suya y tan distinta, por tanto, de todas las obras literarias de hoy, débese, a mi ver, en gran parte, a ese mismo recato en que vive y labora en su finca de La Escala—pueblecito del maravilloso golfo de Rosas,—en medio de la Naturaleza, y frente al mar, que es su inspirador y su amigo. *Caires vius, Solitud, Ombrívoles y Drames rurals* son los libros más conocidos entre los de Catalina Albert. Una selección de poesías en la que sobresale *El llibre nou*, premiada en unos Juegos Florales de Olot, nos muestra una nueva y rara faceta de la autora: la del poeta lírico, que pocos devotos de su prosa robusta se atrevían a sospechar en ella. *Solitud*, traducida ya a varios idiomas, obtuvo el premio Fastenrath la primera vez que dicho premio se otorgó. Su discurso de recepción en la Academia de Buenas Letras, de Barcelona, de la que es la única mujer que forma parte, es también admirable.

¿Qué más decir de «Víctor Catalá»? Dejémosla hablar a ella misma. «¿Notas biográficas? — dice. — Que nací en La Escala, que desde muy jovencita me gusta escribir; que me formé a la buena de Dios, dejando hablar libremente al instinto, sin maestros ni apriorismos de ninguna clase (por lo que no soy ni pretendo ser más que un *amateur*); que me gusta la honrada claridad de sentimiento, concepto y expresión del pueblo, de los clásicos y de los místicos... Esto es todo lo que sé de mí.»

De ella no cabe decir más, si he de sujetarme a la sobriedad prometida. De quien esto escribe, si, diré que he charlado tres o cuatro veces—sencillamente, llanamente—con «Víctor Catalá» y que no las olvido. Y que guardo, entre mis papelotes más amados, una carta de la ilustre ampurdanesa en que, con motivo de uno de los primeros artículos por mí publicados, me empuja y me alienta con rara bondad.

MARÍA LUZ MORALES



CARNAVAL

La Marquesa de Artigues estaba solita en su sitio de costumbre, en su eterno sitio, detrás de los vidrios del balcón, hundida en su butaca, con el velador delante, los impertinentes en la mano y la pelerina de astrakán sobre sus hombros flacos y angulosos.

Las sirvientas jóvenes se habían marchado con la portera a ver la entrada de los concurrentes a un gran baile de máscaras que levantaba gran revuelo por aquellos días, el administrador saliera también a orearse y Gloria, la doncella mayor, después de atender, como cada día, a la señora, se había retirado prudentemente, llevándose la lámpara, para no estorbarla en sus devociones habituales.

Y la Marquesa, clavada en su sillón por su inmovilidad forzada de parálítica, habiése quedado quietecita y envuelta en tinieblas dentro de la gran estancia sin luz.

Sobre el velador se columbraba vagamente la mancha blancuzca del diario y por las persianas, abiertas en su mitad inferior, penetraba el resplandor de los faroles de la Rambla, dando, en primer término, con la cabeza de la Marquesa y acentuando vigorosamente sus rasgos de viejo senador romano y aden-trándose luego, doraba con cálido matiz de oro vie-

jo, un retazo de techo y una ancha faja de pared. Al fondo, la alcoba, sumida en sombra y misterio, parecía un dintel de tumba y los muebles, severos y escasos, de antigua mansión, adosados al muro, parecían raros animales prisioneros de la obscuridad.

Una vez concluida la retahila de los rezos cotidianos, la Marquesa dejó caer con lasitud rosario y manos en el regazo y púsose a mirar distraídamente hacia fuera. En aquella hora pasaban por la Rambla escasas personas y todas con su usual indumentaria.

—¡ Gracias a Dios !—dijo para sí la dama : y sobre el fondo oscuro de la alcoba, su rostro, iluminado a la Rembrant, animóse con una ráfaga de satisfacción. Era martes de Carnaval, tres días hacia que no cesaba de ver máscaras y la pobre Marquesa ya estaba más que ahita de contemplarlas.

En sus largas veladas de solitaria y de inválida, cuando no tenía más distracciones que el libro piañoso o la hoja noticiera, ni más compañía que los criados, algún parásito pedigríeo o escasas amistades cargadas de afios y de achaques como ella misma, todos los cuales le hablaban siempre de las mismas cosas con las mismas palabras, la infeliz señora, impaciente y nerviosa, hambrienta de novedades y animación, pensaba de vez en cuando y con cierta complacencia en aquel Carnaval que tenía que discurrir bajo sus balcones, alegrándolo todo con sus risueñas e insólitas expansiones. Pero el Carnaval llegaba y con él el vocero ensordecedor, la algazara loca, las teorías de mascarones desgalichados, que daban bromazos groseros o se permitían ademanes equívocos... y ella, la triste condenada a presenciar de sol a sol aquel desenfreno estúpido o libidinoso, de sueño de histérica, acababa por sentirse íntimamente lastimada en sus gustos depurados de aristócrata, en sus pudores de vestal fosilizada y en su humor metódico y reposado de anciana y de enferma. Y entonces era cuando, repercutiendo en el fondo de su ser sus impaciencias soberbias de persona avezada a imponer su voluntad, ordenaba cerrar los pos-

tigos al espectáculo profano y profanador y, metida en su cochecillo de impedida se hacía llevar al otro extremo del piso, a la parte de atrás, lejos del bulle-bulle ruidoso de la calle. Pero hasta allí la seguía también el clamor del desorden, molestando su oído y perturbando su pensamiento, hasta que, al fin, cuando sus miradas se cansaban de dar únicamente contra las tristes paredes o los sirvientes silenciosos que la rodeaban, la acometía de nuevo el ansia de luz, de movimiento, de vida y... el cochecito, rodando mansamente sobre las alfombras, regresaba en silencio al dormitorio. Se abrían de nuevo los postigos y la mitad inferior de las persianas, el sillón hundido recibía otra vez la carga del pesado cuerpo, el velador se tendía como puente de cuatro estribos sobre las muertas piernas y las cenicientas pupilas volvían a rebullir inquietamente detrás de los cristales del antejo con mango.

Y así esperaba la nueva crisis de tristeza o de hastío la señora Marquesa.

Precisamente, aquella misma velada había sufrido una de esas crisis, excepcional por sus inesperadas consecuencias.

Empezó por decir que la luz no alumbraba bien y se hizo traer, una tras otra, todas las lámparas de mano que había en la casa y todas, sucesivamente, las hizo retirar en seguida declarando que estaban mal arregladas y que todo el mundo conspiraba contra ella para hacerle pasar una vida desesperada. Al Administrador — arqueólogo casero, — que intentó amansarla, le mandó a paseo diciéndole que si cuidara tanto de lo que debía como de llenar la casa con deshechos y cachivaches apolillados, no pasaría lo que pasaba ; a la cocinera sacóle a colación el caldo salado que le había preparado un mes atrás, a la segunda doncella la amenazó con ponerla en la calle por respondona y a Gloria, la doncella mayor, le dijo que era una gazmoña egoísta, que procuraba sólo para sí.

— Ah, si yo pudiese valerme !... Ah, si Dios no

me hubiese deparado este gran castigo !... Ni un minuto más quisiera veros a mi alrededor...

Y frenética, exasperada, daba nerviosamente con sus anteojos de concha sobre los huesos de sus flacos muslos y la voz, trémula de dolor e indignación, se le atascaba en la garganta, mientras rodábanle por las mejillas dos gruesos lagrimones que la llenaron la boca de salobres amarguras...

La noble fiera no había dado indicio de apaciguar se hasta que oyó a sus espaldas un rumorcillo intermitente y bajo que parecía un turbio eco de su voz. Volvió la cabeza; encogida en un rincón de la alcoba, con el rostro hundido en el delantal apelotonado, la doncella mayor luchaba para ahogar sus violentos sollozos. Al dejarle caer encima su mirada, preñada de alteraciones, la Marquesa sintió que todas sus funciones se paralizaban y quedó con la cabeza ladeada, los brazos inmóviles, la boca entreabierta y las pupilas fijas... Pero esto duró sólo un instante.

La Marquesa volvióse incontinenti, y como si nada hubiese notado, irradiando orgullo despótico por todos los rasgos de su faz autoritaria, encaróse con el Administrador y con los criados jóvenes, en pie todos y con aire azorado ante ella y les despidió asperamente.

—Id, id a la cocina ¿qué es lo que hacéis aquí? Yo quisiera saber si, después de todo, aun tendré que quedarme hoy sin cenar... Y usted, don Juan, ponga en seguida la carta al quintero diciéndole que mandó los huevos pasados... ¡Todo el mundo se ríe ya de mí !...

Los criados retiráronse más que de prisa, lanzando un suspiro de alivio y barruntando que el nublado se alejaba. La señora dejó pasar un largo minuto y luego, con voz bastante diferente de la empleada hasta entonces, llamó a Gloria. Gloria, con la cara escondida aun en el delantal no la oyó o no quiso contestarle.

—Está enfadada—pensó la Marquesa con angustia; y repitió con un poco de altivez :

—¡Gloria, mujer! ¿Estás sorda?

—¡Mande la señora!—respondió con presteza la voz, nasal por el lloriqueo, de la doncella.

—El pañuelo se me cayó; dámelo.

Salió de la alcoba la doncella y cuando se la vió delante, sorbiéndose las lágrimas y volviendo el rostro para esconderlas, la Marquesa sintió que se le evaporaba como por arte de birli birloque la corajina de un momento antes y exclamó con severidad, ya del todo fingida :

—¡Alabado sea Dios! ¿Por qué lloras ahora?... ¡Te estás volviendo muy rara, Gloria!

Entonces la doncella perdió el freno del respeto y cayendo de rodillas a los pies de la señora, cogióla una mano y se la cubrió de besos y de lágrimas.

—¡Perdóname, señora... señora mía!

La cabeza de senador romano echóse vivamente atrás, hurtándose al rayo de luz, y una voz quebrada por la emoción exclamó desde la obscuridad :

—Pero... ¿a qué viene... criatura?...

—¡Perdóname la señora! Yo quisiera morirme antes que disgustar a la señora y resulta que la disgustó siempre...

La Marquesa quiso hablar, decir algo... los labios y la barbilla temblaronle, los ojos turbios brillaron en su sombrío refugio, pero las palabras se negaron a tomar sonido.

Bien conocía ella aquella gran humildad que a menudo y sin querer humillaba su orgullo arisco, haciéndole darse clara cuenta de lo injusto de sus arrechuchos. Esta vez, empero, prodújole mayor impresión. Sintió ansias de llorar de vergüenza, de pedir perdón a su vez, de apretar contra su pecho aquella cabeza inocente que hacia ella se levantaba implorando, pero... no se atrevió.

Por un lado, aquel mismo orgullo de casta que la tiranizaba y por otro su timidez opresora de virgin vieja, que no aprendiera a amar en la juventud, pusieronla una mordaza y atajaron el impulso de tender los brazos.

Mas, tan violento fué el esfuerzo que tuvo que hacer para contenerse, que la dejó transtornada; y cuando, al fin, pudo articular las palabras, salió la voz de la garganta áspera y sin entonación, como ciertas voces viriles; una voz misteriosa que ella no se conocía y que a duras penas reconoció la sirvienta.

La Marquesa dijo:

—Sí... sí que me disgustas... cuando... haces cosas... así...

Un nuevo chaparrón de besos y de lágrimas cayóle sobre la mano...

—Porque... ya lo sabes, que no puedes... impresionarte...

—¡ Señora mía ! ¡ señora mía !

—¿Qué dirá mañana el doctor, cuando te encuentre enferma?

—¡ De mí sí, que lo mismo da ! ¡ Como encuentre bien a la señora !

El dolor íntimo de aquel lamento encontró un acento de tan viva sinceridad, que hirió de lleno la sensibilidad de la anciana, derrumbando toda suerte de reparos y prejuicios; y la severa Marquesa de Artigues, sin saber lo que hacía, cogió con ímpetu la cabeza de su compañera y la apretó duramente contra su pecho. Permanecieron abrazadas por espacio de unos minutos, ahogándose el ama en el raudal de su agreste ternura y semidesvanecida de felicidad la doncella.

En tantos años de vivir juntas como llevaban, era aquella la primera prueba de mutuo afecto que se daban, claramente, sin ambages ni reservas; y como si aquel abrazo hubiera sido la revelación definitiva, al soltarse sintieron, cada una para sí, que la otra le era necesaria en la tierra, cual si de repente sus dos vidas incompletas se hubiesen completado fundiéndose en una sola.

No añadieron una palabra más. Gloria trajo, como cada día, la cena a la señora y se la sirvió sobre el velador, sin atravesarse a levantar los ojos, preñados de infinitas sorpresas, y la señora, por su parte, co-

mió en silencio, sintiendo enardecido su corazón por una fuerza desconocida.

Las sirvientas, venteando de lejos la buena harmonía, insinuaron a Gloria su deseo de ir a ver las más caras y el señor Administrador el de darse una vueltecita y Gloria trajo a todos el permiso de la señora y luego cerró tras ellos la cancela. De este arte quedaron solas en el piso y casi en la casa toda, las dos mujeres y entonces, en la paz de la secreta intimidad, sintiéronse felices sin decírselo.

La doncella trajo a la señora el rosario para que cumpliera sus devociones y después retiróse quedamente llevándose la lámpara, pues la señora tenía por costumbre rezar a obscuras, sin más iluminación que la de la Rambla, que llegaba hasta la casa y penetraba en el dormitorio amortiguado por la distancia; y ella, Gloria, fuése al oratorio a rezar también una gran oración sin palabras; una gran oración llena de unción amorosa por todo lo del cielo y de la tierra; la oración muda de la felicidad.

**

La doncella tenía cuarenta y cinco años y llevaba treinta al servicio de la señora. Había empezado a servirla siendo una niña aun y sirviéndola se había hecho mujer sin notarlo y sirviéndola y sin notarlo siempre, había dejado transcurrir estérilmente su juventud, hasta llegar casi a la linde de la vejez, sin amores, sin libertad, sin hogar, sin nada propio a excepción de una gran afición de perro fiel, de esclavo voluntario, por la señora. La cadena que había pesado sobre la voluntad y la conciencia de toda su familia, la marca de esclavitud que la casa de Artigues había estampado en las espaldas de generaciones de hombres propios, de vasallos, de colonos, de lacayos, había quedado en el alma, penetrado hasta las entrañas de aquella pobre criatura humilde, que no se sentía existir en sí misma y, lo mismo que si su destino consistiera en aniquilarse para servir

de contrapeso a otro destino, se entregaba al sacrificio con la resignación del que cumple un voto desconocido, una remota expiación.

Desde que había entrado a servir a la señora—que entonces no era aún la señora Marquesa, sino la hija del señor Marqués,—no pensó más que en ella ni vivió más que para ella. Le llevaba el ama a la doncellita veinte años y era en aquellos tiempos, una joven robusta, valerosa, enérgica como una amazona guerrera; fea y altiva, llena de orgullo, pero limpia de vanidad, conociendo ella misma que no servía para los goces ni las servidumbres del matrimonio ni de la vida religiosa, había rehusado casarse lo mismo que meterse en un convento, permaneciendo soltera en el seno de su familia, mientras la tuvo. Huérfana de madre, con su padre y sus hermanos arrastró durante muchos años a través de Europa la pasión ambulatoria que era el rasgo característico de su estirpe. En París vió morir, de una caída de caballo, a su hermano mayor; en Ginebra, de una pleuresía, a su padre; en Valencia, de otra enfermedad común, a su segundo hermano; y cuando se encontró sola en el mundo, fortalecida y virilizada su alma por el dolor y la soledad, el impulso atávico, ferozmente agujoneado, le inspiró la idea de huir del cementerio de recuerdos que era para ella el viejo mundo e ir a esperar en el nuevo la solemne llegada de la ya no distante vejez. Pero un estorbo imprevisto, un tumor que se le formó en una rodilla, desbarató sus planes, obligándola a fijar su residencia en Barcelona, de donde ya no debía salir más que para llevar sus huesos a la tumba familiar del solar natal. Desde entonces, su naturaleza, que había sido sana y firme, como si, de repente, se vengara de los pasados dispendios de actividad, fué sacando gran feria de achaques, el más cruel de los cuales fué una parálisis que la inmovilizó ambas piernas, amortajando con ellas la feroz energía de la Marquesa. En aquella época de dolores, de desmoronamiento y de desesperación irresignada, fué cuando ella pudo darse cuenta de la fide-

lidad amorosa de su doncella. Las impetuosidades soberbias, el despotismo ingénito de su carácter daban al traste con la paciencia de todo el mundo, alejando de su vera médicos, criados, administradores, amigos, a todo bicho viviente, excepción hecha del can fiel, del esclavo voluntario, de la pobre Gloria, que permanecía siempre en su sitio, sirviéndola humildemente, sufriendo cuando ella sufría, mirándola con su dulce mirada, que era un raudal de ternura, disculpándole ante los demás cada arrechicho o extravagancia y atenuándole a fuerza de afecto y solicitud, las consecuencias de los alifafes o de las decepciones.

Y el corazón de la Marquesa, casi momificado y endurecido en sus prejuicios y menosprecios de casta, acabó por ablandarse y revivir por virtud de aquel gran afecto consolador. A fuerza de heroísmo tácito y limpio de cálculo, Gloria fué subiendo gradualmente a los ojos de su dueña, pasando de animalito insignificante a servidor útil, después predilecto, más tarde imprescindible, para convertirse, al fin, en algo que rebasaba toda calificación y se pegaba al alma, dominándola secretamente sin sospecharlo. El egoísmo animal había empezado por revelar a la Marquesa que su tranquilidad estaba a merced de aquella muchacha, pero un día, sin callar el egoísmo, el alma noble y justiciera, libre ya de yugos mezquinos, le hizo sentir la elevación y la compañía de otra alma amiga.

Esto ocurrió cuando la Marquesa, ya largamente vapuleada por la adversidad, comenzaba a doblar su altiva cerviz ante la voluntad divina y aceptaba con amarga resignación su destino. Pero entonces, ya más calmada y serena para mirar fuera de sí misma, reparó en que su doncella, agotada de sufrir celadamente de los sufrimientos de su ama, convertíase, a semejanza de ella, en un trebejo de dolores, aunque los suyos eran dolores inconfesados. La Marquesa consultó al médico y el médico declaróle con reserva que su perro fiel se le moriría a causa de su

misma fidelidad, que le había destrozado el corazón. ¿Qué cuando ocurriría ello? Cuando Dios quisiera... Las vidas de milagro duran años o se apagan de repente, al menor soplo de la casualidad. Y la antigua doncella guerrera, la soberbia descendiente de los soberbios señores de Artigues, al escuchar, petrificada, la terrible sentencia, sintió una tan aguda impresión de estupor y remordimiento, que quedó desarmada y vencida ante la criatura humilde. Y aquella criatura, con mimo inconsciente de niño enfermizo, reinó desde entonces, sin darse cuenta de ello, sobre los servidores, sobre la casa, sobre todo, porque reinaba en el corazón de la señora.

—No la contraríen; dejen que haga lo que le dé la gana...—había aconsejado el médico.

—Que viva! —dijo la Marquesa.

Pero los propósitos están en la voluntad de los humanos y fuera de ella las pasiones que han de quebrantarlos.

Como ya se ha dicho, la Marquesa estaba en su sitio de costumbre, tras los vidrios del balcón y mirando distraídamente hacia fuera. Por su cerebro agitado pasaban errantes recuerdos de otros días, nubes coloreadas por los rayos invisibles del puesto sol de su juventud; y su corazón, libertado al fin de las antiguas prevenciones que lo amurallaron, sentía cálidas energías, ráfagas de plenitud que le hacían considerar todo lo del mundo bajo un aspecto nuevo y enteramente distinto del que tuviera a sus ojos hasta entonces.

Ella, la señora Marquesa de Artigues, no se sentía ya la mujer que había creido siempre ser; y aquel desmoronamiento de una personalidad juzgada hasta poco antes firme y definitiva, en vez de producirle el dolor profundo que le producían sus demás desengaños, el aminoramiento vital que todos dejaban como secuela, inspirábale, por el contrario, una viva

satisfacción y traíale una fortaleza de ánimo desconocidos.

Lo que no había podido confesarse nunca, se lo confesaba ahora a sí misma sin falsas ni ridículas vergüenzas; la gran maravilla que le había negado su juventud envarada y sin jugo, se lo concedía prodigamente la vejez. ¡Amaba! Amaba ampliamente, reciamente, ¿a quién?... ¿Qué le importaba el quién? ¡A una criatura humana, a otro ser como ella! No era el objeto de su amor lo más interesante y conmovedor de aquel milagro, sino el amor mismo, aquella gran afición, cálida y serena a un tiempo, aquel afecto vivo y puro que la ligaba a algo viviente, sádola del hoyo sombrío de su místico aislamiento, en que había vegetado hasta entonces. Porque lo que ata y consuela no es, precisamente, lo que de los demás viene a nosotros, sino lo que de nosotros va generosamente a los demás; lo que damos, no lo que recibimos...

Desde luego, la Marquesa de Artigues no pensaba todo aquello concretamente, pero lo sentía con la fuerza imperiosa de una gran realidad y de buen grado dejaba que su alma toda se sumergiera en aquel sentimiento tonificante, sin pararse a meditar ni analizarlo, contenta sólo con sentirse mecer en él por una semi-inconsciencia deliciosa.

De improviso sorprendióla fuerte barullo y algaraza que descendía por la Rambla. Fijó su atención. Precedidos por un gran farol de colores chillones, dos a dos y formando columna, pasaban como una docena de hombres, riendo y gesticulando discretamente. La mitad de ellos vestía de *Arlequín*, la otra mitad de *Pierrot*, aquéllos acuartelados de colores y cascabeleando a cada movimiento, los demás de raso blanco, con grandes redondeles color naranja en vez de botones y brillando de la cabeza a los pies con fugaz relampagueo de espejuelos.

Con los anteojos de concha apoyados en el caballete de la nariz, la Marquesa fué siguiendo con interés el paso de la alegre comparsa. Ni por sus andares ni

por el buen gusto de los disfraces parecían aquellos hombres gente grosera; serían, a buen seguro, unos cuantos caballeros que festejaban el Carnaval con distinción, tal cual a su condición correspondía y sin enlodarse en la ordinariez imperante aquellos días. Pasaron dejando una estela de chiquillos y mirones que alborotaban y la dama, siguiéndoles de pensamiento, vióles llegar al zaguán, ampliamente abierto de un gran caserón blasonado, subir la alfombrada escalera, salpicada de plantas verdes e inundada de áureos resplandores, y penetrar, como remolino de alegría, en el salón fastuoso, orlado de mujeres hermosas, con apariencias finamente exóticas y desconcertantes; y aun después, complacióse un rato viéndoles trenzar y destrenzar galantemente con ellas *pavanas*, *minuets* y demás danzas señoriles de pasados tiempos...

El alma patricia de la Marquesa sacó una especie de íntimo consuelo de aquellas imaginarias escenas. ¡Aquel era el Carnaval bello, el Carnaval culto y no aquel otro desahogo indigno que arrojaba en mitad de la calle y a la vista de todo el mundo, las mayores impurezas del gusto y del instinto, las cosas feas y vergonzosas propias de los seres inferiores!

Y la Marquesa, cogida de nuevo entre las zarpas de sus prejuicios atávicos, pensó que había castas preferidas por Dios y por la Naturaleza y que sólo a ellas correspondía la dirección del mundo y el derecho de someter a su imperio a las demás castas, a las castas parias y desheredadas, imponiéndoles callamiento y obediencia...

Precisamente en aquel punto de sus cavilaciones estaba, cuando algo insólito vino a atajarle repentinamente el devanar estimulante del pensamiento.

Comunicaba con el dormitorio de la Marquesa una antesala y ésta con el comedor. En el comedor acababa de oírse perfectamente un gemido angustioso.

La Marquesa, sobresaltada, volvió vivamente la cabeza hacia la puerta y con los impertinentes mandados en la nariz, escrutó la oscuridad.

El gemido repitióse más ahogado.

—¿Gloria?—gritó la señora con angustia.

La voz de la doncella, débil, alterada, profirió apenas desde la antesala:

—Se...ñora...

—¿Qué tienes?

—Ay!... No sé... Me aho...

El rostro de senador romano quedó repentinamente de un amarillo verdecente de busto de bronce y la sangre, entorpecida y crasa por los años, operó una rápida revolución en las venas endurecidas de la Marquesa.

—No te asustes, hija mía... No será nada...—afirmó, con un temblor, la dama.

La silueta indecisa de la doncella traspasó el dintel de la estancia.

—Ven, ven aquí, conmigo...—añadió la señora afectuosamente.

Pero la silueta no avanzó un paso más.

—¿Qué haces, Gloria? ¿Cómo no vienes?

Otro gemido turbio revoló siniestramente en la oscuridad, como pájaro de mal agüero y un golpe sordo denunció que acababa de desplomarse un cuerpo sobre la alfombra.

La señora, aterrorizada, prorrumpió en gritos desgarradores.

—¡¡Gloria, Gloria!! ¡¡Gloria!!

Y, a aquel grito exasperado, que más que sonido de voz humana parecía el aullido de un elemento, sólo contestó, al otro extremo del dormitorio, un carraspeo bronco, como de fonógrafo de feria.

La doncella moría. Por la frialdad que le heló el corazón la señora tuvo de ello la absoluta seguridad. Sus dedos incrustáronse como garras de marfil antiguo en la madera del velador, su busto se irguió energicamente y reuniendo en un solo impulso todas sus fuerzas, logró levantarse diez centímetros del asiento de la butaca.

—¡Hija mía! ¡Ya voy!—gritó a la moribunda, como para darle ánimo. Pero, en el mismo instante,

tracionáronla las fuerzas y recayó pesadamente en el sillón.

Sólo entonces dióse clara cuenta de su impotencia. ¡El ser amado moría allá, a cuatro pasos, y ella no podía llevarle su auxilio o su beso de despedida!

La Marquesa de Artigues tendió los brazos, enlazando desesperadamente sus dedos crispados y un gran sollozo reventó en su tráquea. Mas, de repente, el sollozo fué cortado en firme, los brazos se replegaron y ambos puños imprimieron fuertemente sus nudillos sobre el velador. La Marquesa acababa de sentir que en el vaso colmado de su vida, no cabía una gota más y su alma soberbia, reaccionando, se rebeló contra aquella nueva y tan terrible crueldad del destino. Irguió la alta cabesa con arranque de réprobo y, encarándose con la divinidad, pareció exigirle cuentas.

¿Qué le fué contestado desde el más allá a la muda interrogante?

¡Misterio! Sólo cabe decir que, de repente, cual si aquellas miradas clavadas en lo alto, en lo desconocido, con agresiva fiereza, hubiesen dado con una evidencia terrorífica, en el rostro trágicamente convulso de la Marquesa de Artigues, apareció una expresión de estupor supremo; el espasmo desolado del que ha dejado de creer.

LOS AMORES DE PÍO

En cuanto se acabaron los funerales y el nuevo párroco quedó instalado en la rectoral, la señora Pelegrina se marchó a su casa. Hasta entonces nadie había sospechado que aquella bonita casa de la calle Mediana perteneciese al ama del difunto. Dos años atrás, al quererla vender sus propietarios—unos *americanos* del pueblo que regresaban a Guanabacoa—la señora Pelegrina se sirvió de un intermediario, que trató y contrató por cuenta propia, pero que le cedió sus derechos en el acto de firmar la escritura; y como ésta se firmó en Gerona y desde allí los dueños marcharon a América, la cosa quedó ignorada de todo el mundo.

Por esto fué tan grande la sorpresa cuando, al morir el señor párroco, el ama pasó a la casa de los *americanos*, y la gente comprendió que no iba allí como inquilina sino como propietaria. Entonces fué cuando deprisa y corriendo sacáronse a relucir en alta voz muchas cosas que hasta aquel momento sólo se habían comentado en voz baja: como, por ejemplo, el gato que debía de tener el difunto párroco; la opinión del Eómono, de que por la rectoral parecía que había pasado «el Boquica»; (1) las conferencias secretas del Preboste mayor con el ama,

(1) Famoso ladrón a quien mató un chiquillo de un navajazo, según cuentan los payeses del Ampurdán.

tiempo atrás ; los viajes de aquél a Barcelona a comprar papel del Estado, la adquisición, mediante procuradores, de unos censos en *Roch-Paniç*, y la hipoteca de las tierras de *Masnovell*—la mejor hacienda de los alrededores—a cambio de unos cuantos paquetes de isabelinas que no hacía mucho habían caído en manos del propietario.

Y una vez inventariada detallamente aquella bendición de Dios de señales de prosperidad, a la gente no le quedó duda alguna de que el ama sacaría las uñas y se pondría a presumir por el pueblo, más engréida que un pavo real.

Pero la gente se engañó de medio a medio. Fuera de la rectoral, la señora Pelegrina siguió siendo y haciendo lo que en la rectoral había sido y hecho siempre.

Iba todos los días a misa muy de mañana y al rosalio al obscurecer ; los domingos a la función de tarde, y durante el año a todas las comuniones que había y a todas las procesiones que saltan a la calle ; cuidaba del altar de la Purísima, y lavaba, planchaba y encajonaba las toallas de tres o cuatro altares más ; no dejaba marchar sin limosna a ningún pobre que llamase a su puerta, y mantenía a una cieguerita paralítica.

Fuera de ésto, no la veía ni oía alma viviente en ningún otro sitio, y llevaba la vida modesta y retirada de la persona que disfruta un buen pasar y no quiere ser molestada ni molestar a nadie. Había ya cumplido los cincuenta ; era una mujer bajita y rechoncha como una bellota, colorada de cara, larga de nariz y con unos ojos muy saltones, que tenían mucho blanco y poco negro bajo los párpados rojizos, siempre extendidos como colgadura en los balcones. Andaba erguida, con la barbilla oculta entre los pliegues de la cara y las manos apoyadas en la cintura, dentro del hueco formado entre el voluminoso vientre y el pecho, tan desmesurado, que al andar siempre la había impedido ver dónde ponía el pie por mucho que alargase la pierna. Su conversación, me-

surada, y sentenciosa, y las faldas de merino negro y el pañolón grande, con el pico pequeño por la parte de afuera, que nunca se quitaba, le daban un aspecto reverente. No se tenía recuerdo de haberle visto una mancha encima ni haberle oido una palabra más alta que otra. Afable y seria con todo el mundo, daba, calle arriba y abajo, los buenos días y las buenas noches, sin alzar los párpados ni desclavar las manos de la cintura.

La única diferencia que se le notó al mudarse de casa, fué ésta : que mientras estuvo en la rectoral, tenía dos mujeres para los trabajos domésticos, y al marcharse a su casa, tomó una criadita para todo.

Aquella criadita era una buena muchacha ; mansa como un cordero, con el arranque de la nariz como un canto de duro demasiado hundido, y unas ganas de trabajar que ni hechas de encargo. Había cumplido diez y seis años, y se veía que aquellos diez y seis años le durarían toda la vida. Fuera de ésto, lo más importante que tenía aquella muchacha era su madre : una madre viuda y pobre (que es como ser dos veces pobre o dos veces viuda), con un viejo tulido para estorbarla, tres bocas que llenar y media peseta de jornal exceptuando días feriados y festivos. Esta mujer, harta de llevar la cruz ella sola, llamó a su hija a capítulo bien de mañanita, y le habló así :

—Oye tú, boba, y procura guardar bien en la memoria todo lo que te diga. Te he puesto a servir en casa de la señora Pelegrina *Rectora*, y esta noche te llevaré allí. He dicho que te portarías bien, y pobre de ti si me dejas mal, porque ya estarías fresca. Ahora te enseñaré los mandamientos que has de cumplir y procura no faltar a ninguno. Primero : trabajarás hasta que se te caigan las uñas o le des lástima. Segundo : economizarás el aceite como si estuviese a duro el litro. Tercero : comerás poco, para no dañarte el vientre y no gravarle a ella el bolsillo. Cuarto : llevarás en palma a tu ama, como si fuese San Roque el día de la fiesta. Quinto : no contarás nada a nadie de lo que allí veas, como si una avispa te hubiese pi-

cado la lengua. Sexto : no te ensuciarás la ropa, para no tener que gastarle mucho jabón. Séptimo : te levantarás bien de mañana, para no tener pereza ni estropear las sábanas. Octavo : no te quejarás de enfermedad alguna hasta que pidas la extremaunción. Noveno : no te harás decir las cosas dos veces, para que no te tengan por sorda. Y décimo : cuando te metas en la cama, rezarás el «Con Dios me acuesto...» tan fuerte como si se te apareciesen las ánimas. Estos diez mandamientos se encierran en dos : tener contenta al ama y respetar la vara de la justicia—y le enseñaba su brazo enarbolado, como una maza guerrera.—; Porque si le rompes un plato, te arrastraré por los pelos ; si le contestas mal, te estrangularo ; y si te llega a despedir, te descuartizo viva ! Conque ya lo sabes.

Paulita se quedó asombrada, como si el cielo se le hubiese desplomado encima de la cabeza ; y tan firmemente debieron de grabarse estos diez mandamientos en su cerebro, que no se sabe que ni una sola vez faltase a uno siquiera de ellos ; pero su madre, como si quisiese refrescarle de cuando en cuando la memoria, presentábase en la calle Mediana, y mirando con aires de dictador hacia donde estaba la muchacha, preguntaba al ama :

—¿Qué tal, señora Pelegrina, anda derecha aquella bestia?

—Derecha como un huso, Paula—contestaba la interpelada, sonriendo gravemente y escondiendo la barbilla en los pliegues de la cara.

—¿Tiene crianza?

—Más que un «sí señor».

—¿Es rompedora?

—Hasta ahora no ha roto ni un plato.

—¿Come demasiado?

—Lo preciso. No se preocupe, Paula. Por ahora todo marcha como ha de ir.

—Es que si hace falta, ya sabe que tiene mi autorización para...

—Para descuartizarla, sí : ¡ya lo tengo presente !

Y el ama rompía en una risita que le hacía temblar toda la papada. Era la expansión más grande que se le había visto en la vida.

—Ya lo creo que estaba contenta la señora Pelegrina con Paulita ! No podía encontrar cosa mejor, ni buscada con un candil. Y si no, véase : ella le arreglaba la casa, le cocinaba, le lavaba la ropa, le cuidaba unos sesenta conejos, le cavaba la huerta, le vendía la fruta sobrante, le ayudaba a hacer confituras y ramos de conchitas, y a planchar y encajonar los mantelés de la iglesia, y a remendar la ropa de la casa ; y todo ello, poniendo más cuidado en el interés del amo que en el suyo propio, y por seis tristes pesetas mensuales.

Las vecinas, al ver aquel trajín continuo y aquella gran devoción por el ama, decían con envidia :

—; No lo hace por cariño, sino por interés !

—; Déjala que eche los bofes : harto sabe lo que se hace !

—; Demasiado sabía dónde la metía la cuca de la Paula !

—; La mala pécora ! ; Así podrá llevar faldas de satén y pañolón tornasolado !...

Porque todo el mundo estaba convencido de que Paulita heredaría al ama ; y eso, no por pensamientos temerarios, sino porque un día una vecina, más atrevida que las demás, se decidió a soltar alguna que otra indirecta a la señora Pelegrina, y ésta, dejando caer sobre la blancura de sus ojos la espesa cortina de sus párpados, había contestado reposadamente :

—Todo lo que está en el aire puede caerse... El buen comportamiento gana las voluntades, y dice el refrán que por bien servir nunca se pierde el sueldo.

Hasta Paulita, amaestrada por la malquerencia de la gente y por las advertencias y amenazas de su madre, había llegado a vislumbrar su posible ventura. Sólo que aquella ventura remota en seguida tomó un sabor amargo, como todas las venturas.

Un día, su madre le dijo a solas :

—Si algún día llegas a ser dueña de la casa de los

americanos, quiero que mandes tapiar el balcón de la sala ; me da vértigos y un dia me caería de arriba abajo..

Paulita había abierto un palmo de ojos, sintiendo como un intento de protesta, pero su madre la contuvo con una mirada furibunda, fulminándole esta sentencia :

—Es que si no te conformas, te quito en seguida de allí y entonces no tendrás ni balcón ni casa.

Ante tal *ultimatum*, Paulita no había tenido más remedio que transigir. ¡Tapiaría el balcón ! Pero, desde aquel momento, no pudo resignarse. ¡Precisamente aquel balcón, que era lo que más le gustaba y más orgullo le daba de todo lo que tenía la señora Pelegrina ! Los domingos por la tarde, cuando salía de la función de la iglesia, dejando todavía allí a su ama, corría hacia casa, y antes de ponerse a trabajar salía un rato al balcón ; sólo cinco o diez minutos, por miedo a que la sorprendiesen allí ; pero aquel momento era para ella lo mejor de la fiesta. Tocando apenas la barandilla con la punta de los dedos, como si tuviese miedo de quemarse, alargaba el cuello como una grulla, y sin moverse casi, miraba a la calle como encantada... También a ella, igual que a su madre, le rodaba un poquitín la cabeza y por esto tenía que estarse muy quietecita ; pero encontraba un bienestar, una dulzura en aquella especie de temblor, de mareo, que la invadía !... Y en aquellos momentos soñaba... soñaba un sueño de grandeza deslumbradora. Cuando ella fuese el ama, como ya no tendría tanto trabajo y nadie podría reprenderla, se asomaría a diario un rato al balcón, y los días de fiesta mañana y tarde... No envidiaba más privilegios de la riqueza. ¡Y precisamente contra aquel único sueño atentaba su madre ! Paulita no lograba convencerse de ello, y cada vez que pensaba en el *ultimatum* se le subían las lágrimas a los ojos. No tuvo un poquitín de consuelo hasta que se le ocurrió una idea salvadora. Cuando fuese el ama tapiaría el balcón, ya que, como siempre le decía la

señora Pelegrina, no se debe faltar al respeto a los padres, pero en cuanto su madre muriese volvería a abrirlo. Respiró ; en aquellas condiciones el sacrificio ya era más razonable ; y si por un casual su madre llegase a faltar antes que ella heredara, entonces... !

Y Paulita se reía a solas pensando en aquella simplificación del conflicto.

Atraídos por la herencia en perspectiva, empezaron los mozos a fijarse en Paulita, y en poco tiempo le salieron tres o cuatro pretendientes.

Paulita hablaba de ello a su madre, y ésta le decía :

—Cuéntaselo a la señora Pelegrina ; ha de ser a gusto suyo, porque si no...

Aquel *si no* atemorizaba a Paulita, y la misma noche pedía parecer a su ama. Esta meditaba, y después solía contestar :

—Para mí, este muchacho tiene tal defecto, y tal otro, y el de más allá... Yo que tú lo dejaría correr ; con la ayuda de Dios no te han de faltar pretendientes...

No se hablaba más de ello, y Paulita, mansa como un cordero, *dejaba correr* al pretendiente.

Los mozos, picados, empezaron, a decir :

—¡Que humos gasta la de *casa de los americanos* ! ¡Ni el rey le parecerá bueno !...

Pero un día u otro habían de cambiar las cosas.

Cierta noche, preparando la cena, la muchacha se explicó de la siguiente manera :

—Señora Pelegrina, ¿a que no acierta quién quisiera tener relaciones con una servidora ?

—¿Quién ?

—Pío, el de las Cabras...

La señora Pelegrina levantó los párpados.

—¿Pío, el de las Cabras ?... ¿Quién te ha engañado, criatura ?

—La tía de Pío se lo ha dicho a mi madre, señora Pelegrina.

La señora Pelegrina reflexionó.

—Esto ya es otra cosa. ¿Y que le ha dicho tu madre?

—Que hablaríamos con usted, y que lo que usted dijese estaría bien hecho.

La señora Pelegrina terminó de pasar la aguja, se la clavó en el moño postizo y repantigóse en la silla.

—¿Y a ti qué te parece, Paulita?

—Caramba, señora Pelegrina... una servidora... yo... caramba, yo diría... que es un guapo mozo, señora Pelegrina—declaró Paulita toda roja de vergüenza (era la primera vez que se le pedía su parecer).

—Casi no le conozco...—Y la señorita Pelegrina, con las cejas fruncidas y los labios apretados, concentró toda su atención en la media, pues empezaba a menguar los puntos.

Al cabo de un momento, el afán no dejaba vivir a Paulita.

—¿Qué le parece a usted, señora Pelegrina?—se atrevió a preguntar.

—De qué hablas?

—De lo... de Pío...

—Ya no me acordaba... Déjame terminar la aguja... y estoy contigo... ¿Te refieres a Pío?... Si ha hecho que hablen a tu madre, debe de ir con buen fin...

—Sí que va, señora Pelegrina—dijo con prontitud la muchacha.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque... caramba... porque su tía me lo ha dicho...

—No basta con esto, mujer. Su tía puede decir lo que quiera... Lo hemos de ver a él.

Paulita tuvo un arranque de alegría.

—¿Quiere usted que mañana le diga que venga, señora Pelegrina?

—¡Válgame Dios, que infeliz eres! Esto ha de ir a la chita callando, sin dar que decir a nadie hasta que esté hecho...

A la muchacha, desilusionada, le cayó de las manos la patata que estaba pelando.

El ama pasó en silencio el punto menguado, y después añadió:

—Mañana le dirás que traiga la leche durante una quincena. De todos modos quería tomarla.

Las manos le dieron a Paulita un salto tan grande, que en vez de quitar un ojo a la patata se llevó más de la mitad.

*
**

Pío, el de las Cabras, no tenía igual en el pueblo. Alto y delgado, su cara tenía una blancura de marfil, sus labios un rojo de cereza y sus pupilas céntricas, resguardadas por la sombra de las pestañas, dejaban caer de soslayo una mirada dulce y al propio tiempo llena de picardía, que le sentaba admirablemente y constituía el hechizo principal de su persona.

Llevaba pantalón ceñido y acampanado, a pesar de no estar ya de moda, blusa azul algo caída de espaldas, pañuelo de seda encarnado al cuello, con la punta delante y el lazo detrás, y una gorrita verde aceituna inclinada sobre la ceja derecha.

Era un bailarín de primera, que en dos saltos iba de un extremo al otro del salón sin dejar que los pies de su pareja rozasen el suelo, y en el *pilé* y en la mazurca de *punta y tacón* hacia con las piernas unas posturas de caballo juguetón, que causaban el asombro de los espectadores.

Por la fiesta mayor cantaba el oficio en la iglesia con su voz pastosa y desentonada de tenor de pueblo, y por carnaval, disfrazado de mamarracho, hacía muecas y cabriolas capaces de hacer reventar de risa a las comadres y chiquillos que le rodeaban.

Antes de ir a servir al rey, había sido barbero de afición, y los domingos por la mañana despellujaba a pelo y contrapelo la cara de algún parroquiano de cutis duro que se dejaba caer en sus manos, y por la tarde ayudaba en el café-mesón del pueblo; se le veía ir de un sitio a otro en mangas de camisa, con

el pañuelo no muy limpio sobre el hombro derecho, balanceando fachendosamente la bandeja llena de copas y gritando los «¡voyyyy!...» de un modo tan particular, que sólo aquello era bastante para granjearle renombre. Figuraos que cerraba media boca y abría en redondo la otra media, y por aquel gracioso agujerito soltaba al espacio, con su clara voz de tenor, el grito eufónico que rayaba la humareda espesa y picante del café, retorciéndose en elegante zig-zag de serpentina sonora. Pero fuera de aquellas habilidades inútiles y de aquellos oficios incipientes que a duras penas le procuraban unas cuantas perritas para beber y presumir, Pío no se ocupaba durante toda la semana más que en recorrer el término en busca de algún conejo distraído o de alguna inocente alondra que se dejases alcanzar por un tiro mal intencionado.

La tía que lo había recogido al quedar huérfano, no logró hacerle doblar la cerviz sobre ningún trabajo que durase más allá de un cuarto de hora.

Pero marchó al servicio, y al volver, se conoció en seguida que había hecho grandes progresos: traía, sobre todo, una finura de lenguaje y un aire de importancia que no hubiesen desentonado en el cargo de Alcalde.

Echándose atrás y dejando caer las palabras cual si fuesen doblones, declaraba a quien quisiese escucharle que él se atrevía a sostener una *circunferencia* con el más *pintado* que se le pusiese delante, porque quien ha corrido el mundo hace caso *sumiso* de las cosas *minimas* que embaucan al *pueblo bajo*...

Por otra parte, participó a su tía que quería dedicarse a algo de provecho para ganarle el pan de la vejez, y que sólo le faltaba encontrar *qué*. Y después de larga reflexión y maduro examen, la tía vendió uno de los dos huertos que tenía, y compró para Pío media docena de cabras, que desde aquel momento debían darle oficio y sobrenombr.

Hacia cosa de un año que las tenía, cuando su protectora, vecina de la Paula, reparando en la for-

tuna que esperaba a Paulita, habló de ello a Pío. Este dijo que lo pensaría. Lo pensó, y como siempre su afán había sido, lo mismo antes que después del servicio, no fatigarse demasiado, viendo que aquello era un medio para conseguirlo más tarde o más temprano, dió muy solemnemente, como quien hace una gran concesión, la venia para que su tía explorase el terreno. A los tres días se paraba a la puerta de *casa de los americanos* para dejar la leche.

En cuanto Paulita le oyó, fué corriendo a abrir, pero la señora Pelegrina le hizo una seña, le quitó el jarro de la mano y salió ella misma en persona.

El mozo estaba rodeado de las cabras con la verga en una mano, la medida en la otra, la pierna derecha tiesta, la izquierda alargada, todo él en postura coreográfica, con la cabeza ladeada y la gorrita sobre las cejas. Traía dispuesta en la punta de la lengua una palabra cariñosa, y de los ojos le caía una mirada fascinadora que había de trastornar a Paulita en cuanto asomase la naricilla; así es que al divisar, en vez de ella, al ama, quedóse algo desconcertado, pero se rehizo en seguida y tomando una postura muy fina, la saludó presuroso, de igual modo que saludaba al coronel de su *cuerpo*, y le preguntó por su salud. Después cambiaron cuatro palabras afables mientras media la leche; y al perderse calle abajo la airosa silueta del cabrero, balanceándose hacia adelante y atrás cual si tuviese algo flojas las bisagras de los muslos, la señora Pelegrina retiróse toda satisfecha.

Paulita la esperaba detrás de la puerta, con las manos devotamente cruzadas y los ojazos de cordero llenos de ansia amorosa.

—¿Qué tal, señora Pelegrina?

La señora Pelegrina púsose seria.

—¡A fe que es un muchacho muy bien educado!

Paulita cruzó los brazos sobre el pecho, desbordando una alegría imponente.

—¿Quiere usted que se lo diga a mi madre, señora Pelegrina?

La señora Pelegrina meditó un momento.

—No digas nada por hoy, Paulita; mañana le examinaré con más atención...

Al día siguiente la señora Pelegrina examinó con más atención a Pío. Pío estuvo aún más fino que el día anterior con la señora Pelegrina, y al tercer día la señora Pelegrina dió a Paulita su aprobación sin reservas de ninguna clase. ¡No hay que decir que la Paulita fué deprisa y corriendo a contárselo a su madre, su madre a la tía, y la tía a Pío! Tan deprisa se tramitó el asunto, que al cabo de la semana justa, Pío era declarado ya oficialmente prometido de Paulita.

Paulita llegó al colmo de la ventura cuando la señora Pelegrina le dijo que siguiera mercando leche todo el invierno, para que *ellos* pudiesen verse un momento cada día sin que la gente tuviese nada que objetar.

La chica, la madre y la tía no veían ni entendían; los únicos que conservaban la serenidad, a causa de su natural elevación, eran Pío y la señora Pelegrina.

Pero él, que no quería dormirse en los laureles, declaró a Paulita que aquellas cuatro palabras escatimadas, dichas en el umbral de la puerta, no le satisfacían, y que debía procurar salir un rato cada domingo. Paulita, toda temblorosa, habló de ello con el ama, y el ama arrugó las cejas, manifestando que aquello daría lugar a que la gente murmurase.

Paulita, toda tristeecida, no se atrevió a replicar; pero entonces, la señora Pelegrina, en vista del acatamiento y sumisión de la muchacha, le dijo:

—Mira, dile que lo de salir a fuera no está bien, pero que si tiene deseos de hablar contigo, dejaré que venga un rato todos los sábados.

Así se hizo, a satisfacción de todo el mundo, y al poco tiempo Pío fué el hombre de confianza de la casa.

Tenían que quitar unas cortinas, por ejemplo, y decía Paulita:

—¿Por qué nos hemos de fatigar tanto, señora

Pelegrina? Si usted quiere, esta noche diré a Pío que las quite.

A la señora Pelegrina le parecía acertada la proposición; Pío quitaba las cortinas, y al observar él que la sala se parecía a la de casa de su coronel, el ama le enseñaba complacida toda la casa. Otro día, el preboste mayor púsose enfermo cuando debían cobrarse los censos de Roch-Paniç, y la señora Pelegrina, después de mucho vacilar y encargarle reserva, confirió el encargo a Pío. Y Pío ponía los grifos a las cubas de vino, y Pío inventaba una nueva coladera para las aulas de los conejos, y Pío, en fin, resolvía en un santiamén todas las dificultades que se presentaban en la casa.

Al obscurecer, en cuanto llegaba, Paulita le recibía con grandes muestras de alegría y la señora Pelegrina, sonriéndole muy afable y majestuosa, le señalaba una silla. Después pasaban los tres a la cocina, para que Paulita pudiese preparar la cena, y mientras la preparaba y la señora Pelegrina hacía calceta repartigada en una silla alta y con el bolso del ovillo colgado del brazo porque no tenía falda, Pío contaba lances de cuando era soldado, con gordas mentiras que les divertían en extremo.

Un día el ama preguntó:

—Bueno, Paulita; ¿estás contenta de lo que hago por ti?

Paulita cruzó las manos sobre el pecho y cerró los ojos tanto como le fué posible, no encontrando un término de ponderación bastante superlativo para explicar su agradecimiento.

Entonces, el ama le dijo, satisfecha:

—¡Veamos, pues, si mirarás mucho por la casa! Desde aquel día el celo de Paulita no tuvo límites.

Un día se había acabado el arroz y el ama la envió a comprar media libra. Era jueves, y, al volver, vió con sorpresa que Pío estaba en la cocina. El muchacho les había traído un requesón y la señora Pelegrina le dejó permanecer un rato allá, para pagarle la fineza.

Desde aquel día se presentaba cuando menos le esperaban, unas veces con un puñado de moras como nueces y otras con un plato de berros para la ensalada.

Todo lo regalaba a la señora Pelegrina, diciendo que lo había cogido expresamente para ella, pero al decirlo guiñaba picarescamente a hurtadillas el ojo a su prometida; y ésta no sabía cómo admirarse de la agudeza de Pío y de la maña que tenía para entusiasmar a la señora Pelegrina. Sólo le sabía mal que nunca le hablase formalmente, tanto, que un día, hablando con el ama, Paulita le confesó su pena:

—¿Verdad qué es extraño, señora Pelegrina, que después de cuatro meses que hablo con Pío, aun no me haya dicho cuándo hemos de casarnos?

—¡Ah, tontona! No corras, que ya llegarán los quebraderos de cabeza... ¿Cuándo estarás mejor que ahora?

La muchacha, tras un examen sucinto, encontró que la señora Pelegrina tenía razón; mejor que ahora ni en el cielo.

Días más tarde, oyó que el ama hablaba de ir a Gerona para una diligencia, y que Pío la acompañaría para mayor respeto; hablaban, los dos, de ello como de una cosa ya convenida, pero Paulita no comprendió de qué se trataba, porque le pasó por alto cuando lo concertaron.

Pero aquella noche, al ir a cerrar la puerta al marcharse Pío, éste le dió un pellizco retorcido, y le hizo una mueca, muy risueño. Paulita cerró los ojos y sintió que se le ponía la carne de gallina. Hasta entonces nunca le había hecho Pío tal caricia. Le miró, extática, y después bajó la cabeza muy confusa. Y un poquitín más tarde, al meterse en la cama, rezó una docena de padrenuestros pidiendo a Nuestro Señor que hiciese decidir a Pío bien pronto; pero no los rezó fuerte como si se le apareciesen las almas del purgatorio, sino bajito, tan bajito que no la oía ni siquiera el embozo de la sábana.

* * *

La víspera de ir a Gerona y mientras estaba preparando la ropa, la señora Pelegrina llamó a Paulita.

—¿Qué manda usted, señora Pelegrina?

—Oye, Paulita: a las tres nos marchamos; cuando yo esté fuera, cierra la puerta y no te muevas de casa en todo el día.

—Está bien, señora Pelegrina.

—Si viene alguien y pregunta a dónde he ido, le dices que a Masnovell.

—Sí, señora Pelegrina.

—Como ahora no hay mucho trabajo y ya estarás levantada, convendría que limpiases bien toda la casa...

—Bueno, señora Pelegrina...

—Cambia la ropa de las camas, que el lunes haremos colada... Y a la noche ten la cena a punto.

—Sí, señora Pelegrina...

La señora Pelegrina se volvió de espaldas para meter un paquetito en el saco de mano.

—Casi sería mejor que hicieras un poco más de cena y... haríamos quedar a Pío.

Paulita batió palmas.

—Cuidado, que no se quemé lo que tienes a la lumbre...

A Paulita le parecía estar en la gloria.

* * *

A las tres de la madrugada la tartana se detuvo a la puerta y la señora Pelegrina, que esperaba hacia tiempo, después de persignarse, bajó la escalera, más grave que nunca, con su mantón de merino negro con las tres puntas al viento y el saquito forrado de tela de alfombra cogido con las dos manos.

Paulita arrimó una silla al estribo, Pío le dió la mano desde arriba y la señora Pelegrina desapareció dentro de la tartana como por la boca de un monstruo.

—Adiós, Paulita... Sobre todo mucho cuidado—
dijo con voz reposada.

El látigo fustigó enroscándose, la tartana marchóse viva y rápidamente hacia la obscuridad y la muchacha cerró la puerta.

*
* *

Durante todo el día no descansó ni un solo momento; barriendo, golpeando, quitando el polvo, revolviendo la casa de arriba a abajo.

La Virgen encerrada en la urna la estaba mirando con su cara sonrosada, risueña, como si no supiese darse cuenta de aquel trajín. Cuando todo relucía como una patena, Paulita notó que empezaba a obscurecer. Fué a arreglarse un poco para que no la encontrasen desgreñada y empezó deprisa y corriendo a arreglar la cena. En la confección de aquella cena puso toda su ciencia de cocinera y toda su devoción de enamorada... ¡Tenía que comerla Pío!

A las nueve oyó estrépito de ruedas y corrió a abrir la puerta de par en par. Le parecía que hacía un siglo que estaba sola.

La señora Pelegrina bajó de la tartana y dió las buenas noches con gran solemnidad. Pío bajó detrás de ella, y al verle, Paulita dió un paso atrás, maravillada. Llevaba un traje nuevo, sombrero y capa madrileña.

—¿Qué tal?—dijo él con aire protector, echándose atrás, y enseñando disimuladamente la cadena del reloj.

Paulita cruzó las manos, deslumbrada del todo.

—Pero, Pío... ¡Pareces un rey!

—Ahora debes decirle... señor Pío. Es el amo.

Pío se cuadró, en postura coreográfica, y como Paulita les mirase a los dos sin comprenderles, el ama, más colorada que un pavo, añadió, bajando modestamente los párpados:

—Esta mañana nos hemos casado, Pío y yo...

Paulita aun no ha vuelto en sí de su desmayo.



Carmen de Burgos
“Colombine”